

ANNE BRONTË  
AGNES GREY

*Traducción de Carlos Mayor*





# I

## LA CASA PARROQUIAL



Todas las historias verídicas encierran enseñanzas, si bien en algunas el tesoro puede ser difícil de encontrar y, una vez hallado, tan insignificante en cantidad que el fruto reseco y mustio apenas compense el esfuerzo de romper la cáscara. No soy yo la más indicada para juzgar si ese es el caso de mi historia; a veces creo que podría resultar útil para algunos y entretenida para otros, pero el mundo puede decidirlo por sí solo: amparada en mi propia oscuridad, en el transcurso de los años y en unos cuantos nombres ficticios, no temo arriesgarme y me dispongo a exponer con franqueza ante el público lo que no revelaría al amigo más íntimo.

Mi padre era párroco en el norte de Inglaterra, contaba con el merecido respeto de cuantos lo conocían y en sus años de juventud había vivido con bastante holgura gracias a la suma de su modesta prebenda y la renta de una pequeña propiedad. Mi madre, que se había casado con él en contra de los deseos de los suyos, era hija de un terrateniente y de una mujer de carácter. En vano adujeron que, si acababa siendo la esposa de aquel pobre clérigo, debería prescindir de su carruaje, de su doncella y de todo el lujo y la elegancia propios de la riqueza, que eran para ella poco menos que requisitos vitales. Un carruaje y una doncella eran grandes comodidades, pero, gracias a Dios, tenía pies para caminar y manos para atender sus propias necesidades. Una casa elegante y jardines extensos no eran nada desdeñable, aunque prefería vivir en una casa rústica con Richard Grey antes que en un palacio con cualquier otro hombre.

Finalmente, tras no encontrar argumentos que surtieran efecto, su padre les dijo a los enamorados que podían casarse si así lo deseaban,

mas con ello su hija perdería hasta el último penique de la fortuna que le correspondía. Confiaba así en enfriar el ardor de ambos; pero se equivocaba. Mi padre sabía de sobra lo mucho que valía mi madre y se daba perfecta cuenta de que por sí misma representaba una cuantiosa fortuna; y, si accedía a embellecer su humilde hogar, la aceptaría complacido cualesquiera que fueran las condiciones; mientras que ella, por su parte, prefería trabajar con sus propias manos a separarse del hombre al que amaba, cuya felicidad estaría encantada de procurar y con quien ya compartía el alma. Así pues, su herencia pasó a engrosar las arcas de una hermana más sensata, casada con un individuo que había hecho fortuna en la India, y mi madre, ante el asombro y el pesar teñido de compasión de cuantos la conocían, fue a enterrarse en vida en la modesta casa parroquial de una aldea situada en las colinas de —. Y, sin embargo, a pesar de todo eso, y a pesar del fuerte carácter de ella y de las manías de él, creo que no se encontraría en toda Inglaterra un matrimonio más feliz que el de mis padres.

De seis hijos, mi hermana Mary y yo fuimos las únicas que sobrevivimos a los peligros de la infancia. Al ser yo cinco o seis años menor, siempre se me consideró «la niña» y fui la mimada de la familia: mis padres y mi hermana aunaban esfuerzos para malcriarme, no con una indulgencia insensata que me volviera díscola e incontrolable, sino con un cariño inagotable que debía hacer de mí una persona indefensa y dependiente, completamente incapaz de enfrentarse a las inquietudes y las tribulaciones de la vida.

Mary y yo nos criamos en el aislamiento más absoluto. Mi madre, que era al mismo tiempo una mujer muy competente, bien educada y aficionada al trabajo, se hizo cargo en solitario de todo el peso de nuestra educación, con la excepción del latín (de cuya enseñanza se encargó mi padre), de modo que nunca llegamos a ir al colegio; y, como no había vida social en las inmediaciones, nuestro contacto con el mundo se reducía a alguna que otra merienda majestuosa con los granjeros y comerciantes más destacados de los alrededores, simplemente para evi-

tar que nos tildaran de ser demasiados soberbios para tener trato con los vecinos, así como una visita anual a casa de nuestro abuelo paterno, durante la cual las únicas personas que veíamos eran él, nuestra adorable abuela, una tía soltera y dos o tres ancianos de ambos sexos. En ocasiones, para entretenernos, nuestra madre nos contaba historias y anécdotas de su juventud que nos divertían sobremanera y con frecuencia despertaban, al menos en mí, un anhelo vago y secreto de ver algo más de mundo.

Me parecía que mi madre debía de haber sido muy feliz; pero nunca daba la impresión de arrepentirse del pasado. En cambio, mi padre, cuyo temperamento no era apacible ni alegre por naturaleza, solía atormentarse innecesariamente al pensar en los sacrificios que su querida esposa había hecho por él, y perdía el sueño dando vueltas a innumerables maquinaciones para aumentar su pequeña fortuna, por el bien de mi madre y por el nuestro. Ella le aseguraba en vano que estaba muy satisfecha con su vida y que, si él se limitaba a dejar unos ahorros para las niñas, a ninguno de nosotros nos faltaría nada ni entonces ni en el futuro. Sin embargo, economizar no era el punto fuerte de mi padre; no se endeudaba (al menos, mi madre se cuidaba mucho de impedirlo), pero cuando tenía dinero sentía el impulso de gastarlo; le agradaba que en su casa hubiera comodidades y que su mujer y sus hijas fueran bien vestidas y estuvieran bien atendidas; y, además, era de talante caritativo y le gustaba dar a los pobres, en la medida de sus posibilidades o, según podía pensar alguien, por encima de ellas.

Y, así, un día un amigo le propuso un medio para multiplicar por dos su patrimonio personal de un solo golpe, y luego seguir incrementándolo hasta cifras incalculables. Ese amigo era comerciante, un hombre de carácter emprendedor y talento innegable que se hallaba algo apurado en sus aspiraciones mercantiles por falta de capital, pero que generosamente se ofrecía a entregarle a mi padre una buena participación en sus beneficios a cambio de que le confiara el dinero del que

pudiera prescindir, convencido de poder prometerle con seguridad que, fuera cual fuera la cantidad que decidiera poner en sus manos, le reportaría el cien por cien. Nuestro pequeño patrimonio se vendió con prontitud y lo obtenido fue a parar en su totalidad a manos del amable comerciante, que con la misma celeridad procedió a embarcar su cargamento y prepararse para la travesía.

Mi padre estaba encantado, lo mismo que nosotras tres, ante las prometedoras perspectivas: de momento, era cierto, nos veíamos ceñidos a los modestos ingresos del curato; pero mi padre parecía creer que no era necesario limitar nuestros gastos a eso de forma escrupulosa, y así, una vez abierta una cuenta en el comercio del señor Jackson, otra en el del señor Smith y una tercera en el del señor Hobson, pasamos a llevar una vida aún más desahogada que antes; claro que mi madre arguyó que era mejor mantenernos dentro de unos límites, dado que nuestras perspectivas de enriquecimiento eran en el fondo precarias, de modo que, si mi padre le confiara la administración de todo, ella se encargaría y él nunca se sentiría privado de nada. Sin embargo, en aquella ocasión mi padre no dio su brazo a torcer.